

Dos devociones para una *buena muerte*: las cinco llagas y las tres horas del viernes santo^{**1}

Resumen

Con base en textos religiosos de los siglos xvii y xviii se aborda el estudio de dos devociones destinadas a preparar a la feligresía del mundo católico a merecer una buena muerte. Asimismo permitió a la Iglesia católica incursionar en vidas, fortunas y conciencias, constituyeron un invalioso instrumento que contribuyó a consolidar la hegemonía eclesiástica, debilitada, tiempo atrás a causa de la reforma protestante emprendida por Martín Lutero.

Palabras clave: devociones, *buena muerte*, cinco llagas, tres horas del viernes santo

Con miras a combatir los embates de la reforma protestante cuyos principios habían ocasionado la división de la Iglesia romana, hacia 1545-1563 se celebró en Trento el xix concilio ecuménico en el cual participó un distinguido grupo de teólogos y moralistas católicos, quienes emprenderían la contrarreforma mediante una inteligente sistematización de la doctrina que, durante casi dos siglos,

normaría la vida y la muerte de los moradores del mundo católico de entonces.

Para restablecer la unidad perdida, en tal sistematización se destacaba la importancia que tenía la Iglesia como intermediaria en la relación entre Dios y el hombre, al tiempo de justificar el ejercicio de diversas obras o prácticas religiosas que fueran severamente criticadas por los protestantes, como eran: cultos, devociones, rituales y otras manifestaciones externas de piedad, así como distintos dogmas, creencias y normas de conducta a las que debía sujetarse la feligresía, puesto que en este conjunto de prácticas se cimentaba el poder eclesiástico.

En aras de la defensa y propagación de dichos principios, teólogos y moralistas de Trento definieron la *buena muerte* como una muerte con sacramentos y

* Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Estudios Históricos.

** Fecha de recepción: 10 febrero 2012.

Fecha de aceptación: 30 de junio 2012.

¹ Conforme a los textos consultados, hablar de la Buena Muerte, escrita con mayúscula, equivale a referirnos a la muerte de Cristo y a la cofradía que fundaron los jesuitas en la Casa Profesa, mientras que la *buena muerte*, con minúscula, se utilizó a lo largo del virreinato para aludir a la muerte con sacramento y bajo el amparo de la Iglesia católica.

bajo el amparo de la Iglesia, lo que equivalía a someterse a una ardua y cotidiana preparación religiosa que se premiaría en el más allá con la inmortalidad y la salvación del alma.

De acuerdo con la doctrina tal preparación debía iniciarse en el momento mismo cuando el creyente recibía el agua bautismal, sacramento que, al limpiar la mancha del pecado original lo convertía en miembro de la Iglesia y en soldado de la milicia de Cristo, al tiempo de comprometerlo a luchar diariamente en contra del pecado y de la tentación siguiendo siempre de cerca el ejemplo del Redentor.²

Para ayudar al soldado a salir victorioso del combate, la santa madre Iglesia había implementado un valioso armamento compuesto por el escudo de la fe, es decir, por un conjunto de dogmas y creencias avaladas por el catolicismo, con el que podría combatir toda clase de herejías; diversas obras o prácticas religiosas, ascéticas y morales, siempre oscilantes entre la introspección y la piedad externa complementaban el armamento que se destinaban a fortalecer el espíritu, mortificar y purificar la carne pecadora y, de este modo, alejar al soldado del mal.

La columna vertebral de ese armamento, es decir, de la doctrina misma, lo constituyó, desde los orígenes de la Iglesia e incluso hasta nuestros días, el recuerdo de la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, quien muriera

dolorosamente clavado a una cruz para redimir los pecados de la humanidad, además de abrirles la puerta de la inmortalidad y de la gloria, amén de representar la norma, el modelo; así como, la guía que debía regir y dar sentido a la vida del creyente; por ese motivo el dramático suceso dio origen a múltiples devociones y cultos pasionarios, como los que ahora nos ocupan, orientados a catequizar y a moralizar a la feligresía.³

Como parte de esa labor los ideólogos de la contrarreforma vincularon devociones, cultos y ceremonias pasionarias con la confesión, sacramento en el que cifraron la moral tridentina o ciencia del obrar humano puesto que para la Iglesia tal sacramento representó un valioso instrumento de vigilancia y control.

Su importancia para la buena muerte radicaba en que tenía la facultad de curar al soldado de las heridas ocasionadas por el pecado, fortalecer su espíritu, recuperar la gracia o amistad con Dios, al tiempo de disponerlo para recibir dignamente la eucaristía o comunión, sacramento el cual permitiría alcanzar los méritos de la redención e incluso tener un encuentro con el mismo Jesucristo.⁴ Sin embargo, para recuperar esa gracia y merecer el perdón de las culpas era necesario que el soldado hiciera una buena confesión; para tal efecto resultaba preciso despertarle un sentimiento de dolor por haber ofendido a Dios, amén de arrancar de su conciencia un arrepentimiento sincero, de ahí que, a juicio de teólogos y moralistas, la meditación en torno a las cruentas escenas de la pasión apoyada en una hábil prédica re-

² Carlos Borromeo, *Catecismo del Santo concilio de Trento para los párrocos, ordenado por disposición de san Pío V y traducido a la lengua castellana por fray Agustín Zorita de la Orden de Predicadores*, pp. 25-29.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*, pp. 80.

presentará el medio idóneo para cubrir dichos requerimientos.

Tiempo después, hacia los primeros años del siglo xviii el sacramento de la confesión se vería fortalecido gracias al desarrollo de la casuística, disciplina que estudia los casos particulares de conciencia y se puede decir que durante esos mismos años proliferaron los cultos y devociones en torno a la pasión de Cristo, así como numerosas ceremonias inspiradas en las manifestaciones tardo-medievales de piedad que se armaban ex profeso para impactar a los fieles y conducirlos al confesionario. Fue a partir de entonces cuando devociones y ceremonias tales como las cinco llagas de Cristo, las tres horas del viernes santo, la Buena Muerte o muerte de Cristo, los siete dolores de la virgen, la corona de espinas, los tres clavos de Cristo, el divino rostro y otros cultos y ceremonias más desfilaron por templos, plazas y conventos hasta invadir la vida cotidiana de los moradores del mundo católico de aquel tiempo y despertar en ellos el arrepentimiento sincero o contrición requerido por el sacramento.

Un contingente de religiosos acompañados de imágenes y libros piadosos que sirvieran de apoyo a la prédica y al ceremonial, pronto cruzaron el Atlántico para difundir devociones y cultos en tierras novohispanas. A partir de su llegada las distintas ordenes y congregaciones religiosas, así como los miembros del clero secular establecidos en los más diversos confines del reino en breve se sumaron a esta labor; sin embargo, en las grandes ciudades, residencia habitual de las élites españolas y criollas, serían los jesuitas los incansables promotores de los cultos pasionarios y de manera

especial de aquellos se celebraban en honor a la *Buena Muerte* o muerte de Cristo, a las *cinco llagas* y a las *tres horas del viernes santo*.⁵

La orden, fundada en 1534 por Ignacio de Loyola como una milicia dispuesta a defender y propagar a fe bajo la bandera de Cristo, pronto se convirtió en el brazo derecho para la Iglesia católica de la contrarreforma, tanto por los mismos fines de la Compañía como por la sólida preparación de sus miembros forjada en el crisol de los Ejercicios espirituales de su fundador, hecho que los distinguiría por su habilidad en púlpitos y confesionarios, como también en el manejo de la casuística.

Desde 1572, fecha de su llegada a la Nueva España, hasta 1767, año en que Carlos III los expulsara del imperio español y sus colonias, los jesuitas fueron estableciendo diversas congregaciones en las que agrupan a las élites urbanas, todas ellas importantes benefactoras de la Iglesia, con las cuales pudieron mantener un trato íntimo y cotidiano que permitió a la Compañía cimentar su poder entre los grupos hegemónicos.

Al finalizar el siglo xvi se fundaba en la capital del virreinato la Casa Profesa, en donde tiempo después, se establecería la congregación del Salvador a fin de promover entre esos grupos los Ejercicios de san Ignacio y la devoción a la Buena Muerte o muerte de Cristo. En virtud de la importancia de esta veneración, hacia 1712, a instancias y con limosnas del virrey duque de Linares y de otros acaudalados miembros de la élite

⁵ Francisco Javier Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús de la Nueva España*, vol. 1, p. 248.

novohispana, se fundaba en la misma Casa Profesa la congregación de la Buena Muerte. Entre sus múltiples prácticas se contaban, desde luego, los afamados Ejercicios espirituales capaces de templar conciencias y doblegar voluntades, así mismo el culto y fervor a las *cinco llagas* y a las *tres horas del viernes santo*.⁶

La ceremonia de las cinco llagas, aprobada en 1601 por el cardenal Gualdo, arzobispo de Nápoles, tenía por objeto purificar y mantener la salud de los sentidos del hombre, facultades que, conforme al racionalismo cristiano instaurado por santo Tomás en el siglo XIII, representaban las vías del conocimiento y por tal motivo se les consideraba como las puertas de entrada de la fe, pero también del pecado; de ahí que las cinco llagas simbolizaran las fuentes de la salud, las ciudades de refugio y las puertas del Cielo.⁷

Al celebrar la ceremonia, el sacerdote tenía la facultad de conceder cien días de indulgencia a todas aquellas personas que en viernes o en cualquier día del año, asistieran a la celebración de las cinco horas o a los cinco días que se destinaban a honrar las llagas de Cristo.

Un escudo representando las sacrosantas heridas y una imagen del Santísimo rodeado de una corona de espinas se colocaba en la puerta del templo para anunciar la ceremonia.

Después, en el interior del templo la nutrida concurrencia, en silencio, se disponía a la meditación y a escuchar la prédica ante una imagen de Cristo sangrante. En seguida el predicador ascendía al púlpito para ser visto y escuchado por todos y era, a partir de entonces cuando hacía salir de su boca contrastantes escenas de los novísimos.⁸ Con el recuerdo de la llegada inesperada de la muerte y del infierno, temas en los que Trento cifró su poder de convencimiento, se iniciaba la reflexión a fin de provocar en esta forma un arrepentimiento por el temor al castigo o atrición mediante un discurso que seguramente estremecía conciencias y que decía a la letra:

La Pasión del Señor es una regla de vida cristiana. Si tuvieras una espina de la corona de Cristo hincada en tu cabeza o en otra parte del cuerpo... no reirías... si tuvieras un clavo de la cruz atravesado en tu pie... estarías gimiendo de dolor... Pues cómo siendo Cristo cabeza tuya y tú miembro suyo ríes y vives en regalos... Eres tan pobre de tiempo que no tienes una hora cierta, mucho te ha de mover a hacer luego penitencia sa-

⁶ *Ibidem*. Ver *Reglas y obligaciones de la congregación de la Buena Muerte de la iglesia de la Casa Profesa de Roma*.

⁷ Fernand Van Steenberghe, *¿Qué sé? El tomismo*, pp. 81-83. Otra referencia al respecto es el documento *Los cinco días de las Llagas. Breve y piadoso obsequio en honra de las cinco preciosas heridas y en memoria de las tres horas de la cruz de Cristo, señor nuestro crucificado con que fácil y devotamente se pueden disponer los congregantes de la congregación de la Buena Muerte para celebrar a su amante dueño en su fiesta titular el día 14 de septiembre en que es la comunión general... Sácalo a la luz para su espiritual utilidad la misma devota congregación*, p. 5/n.

⁸ Los novísimos, llamados también las cuatro postrimerías del hombre: muerte, juicio, infierno y gloria, a partir del concilio de Trento constituyeron los temas de reflexión que se destinaron a separar a los fieles del pecado. Dichos temas se inspiran en el libro bíblico llamado *Eclesiástico* en el que se afirma: "acuérdate de tus postrimerías y nunca pecarás".

ber que hay muchos en el infierno que murieron con el propósito de confesarse.⁹

Con el fin de despertar entre los oyentes un arrepentimiento perfecto y sincero o contrición y de este modo disponerlos para recibir dignamente el sacramento de la penitencia, a continuación el predicador con un dramático tono de voz y valiéndose de gestos y ademanes guiaba la reflexión por las sendas del dolor trayendo a la memoria de los fieles las cruentas escenas de la Pasión:

Adoro las santísimas llagas de los sagrados pies de mi Señor Jesucristo crucificado por mi amor y le pido misericordia de muchos pecados que he cometido con mis malos pasos... Adoro la santísima llaga del sagrado pecho... y le suplico me perdone los innumerables pecados que he cometido con los afectos desordenados de mi corazón... Adoro la santísima lengua... mortificada por mi amor con hiel y vinagre... y pido me perdone los muchos excesos y pecados que he cometido con mi gusto desordenado y con el capital vicio de la gula y con mis palabras... Adoro las santísimas llagas y heridas de la cabeza... y ruego me perdone los muchos pecados que he cometido con mis malos pensamientos... Adoro todas las innumerables llagas del sagrado cuerpo... crucificado por mi amor y suplico perdone todos mis pecados cometidos con el cuerpo terreno y miserable... que ya no me pesa haberlo sujetado y mortificado.¹⁰

Ayunos, vigiliias, cilicios, limosnas, largas horas de silencio y otros sacrificios que servirían para mortificar la carne pecadora y sufrir, de alguna manera los dolores de Cristo, complementaban la ceremonia, como también la asistencia a misa, ceremonia que se celebra diariamente hasta la fecha para conmemorar el sacrificio del salvador, además la oración ofrecida por la unidad de la Iglesia, por el perdón de los pecadores y por los fieles difuntos o ánimas del purgatorio. Gracias a este conjunto de prácticas, el soldado de Cristo podría purificar sus sentidos o vías del conocimiento amén de fortalecer su espíritu y disponerse a realizar una buena confesión que le garantizara una buena muerte.¹¹

Fines semejantes se perseguían con la ceremonia de las *tres horas del viernes santo*, conmemoración que daba inicio a las doce del día para concluir a las tres de la tarde, pues, de acuerdo con las horas canónicas ese tiempo correspondía a la hora sexta en que Cristo fue crucificado y a la hora nona cuando muere el Redentor.¹²

El origen de tal celebración se remonta a la segunda mitad del siglo xvii cuando un grupo de monjas capuchinas procedentes de Toledo llegaba a la Nueva España para fundar un convento en la capital del virreinato y al mismo tiempo introducir el ceremonial.¹³ Más

⁹ Diego Estrella, *Tratado de la vanidad del mundo, dividido en tres libros...*, p. 141.

¹⁰ Antonio Arbiol, *Visita de enfermos y ejercicio santo de ayudar a buen morir*, p. 139.

¹¹ *Los cinco días de las Llagas*, op. cit., p. s/n.

¹² Melchor Huelamo, *Discursos predicables de las ceremonias y misterios de la misa del misal romano reformado según decreto del santo concilio de Trento, por mandato de nuestro muy santo padre Pío V, pontífice máximo*, p. 44.

¹³ José Ignacio Dávila Garibi, *Colección de documentos referentes a la fundación del convento de pobres capuchinas...*, p. 18.

tarde, hacia el siglo XVIII los jesuitas se apropiaron de esa conmemoración hasta convertirla en uno de los ejercicios piadosos más solemnes y espectaculares a los que debían asistir los miembros de la congregación de la Buena Muerte establecida en la Casa profesa de la ciudad de México, de donde en breve se propagó por todos los confines del territorio.

El ceremonial tenía por objeto exaltar la omnipresencia de la muerte, el carácter inesperado de su llegada y la necesidad que tenían los fieles de prepararse para merecer la inmortalidad mediante la salvación del alma, de ahí que resultara preciso recordar a los creyentes que así como Adán por su pecado, había introducido la muerte en el mundo, la muerte de Cristo había abierto las puertas de la vida eterna. Seguir a Cristo sufriendo los inmensos dolores que padeciera pendiente de la cruz durante las tres últimas horas de su existencia, constituía el hilo conductor para la prédica y la meditación; puesto que la Pasión había sido para Jesucristo el camino de la resurrección, una vida plena de sacrificios sería para los fieles el medio seguro de la salvación.¹⁴

El padre Villalobos, escritor y predicador de la Compañía de Jesús en su libro, intitulado *Relox de sombras* nos explica al detalle el significado de la ce-

remonia. A través de sus páginas menciona que en señal de humildad, Cristo había seleccionado el monte Calvario para ser sacrificado pues era el sitio en donde la justicia castigaba a los maleantes. Por otra parte, señala que eligió un viernes para morir, porque, según la doctrina, en viernes Dios había formado al hombre y por tal motivo era necesario redimirlo ese mismo día para darle la gracia que había perdido a causa del pecado, además porque entre los paganos, el viernes era un día consagrado a Venus, diosa del amor y de la concupiscencia, y por eso se precisaba purificarlo con el sacrificio del Redentor.¹⁵

En cuanto al significado de las tres horas que duraba la celebración y con base en la doctrina, menciona que a las doce del día, hora en que se inició la Pasión, Adán había comido el fruto del árbol prohibido y por ese motivo, a la misma hora, Jesucristo estaba pendiente del árbol de la cruz para redimir el pecado, en tanto que, a las tres de la tarde, tiempo en que finalizaba el dramático recuerdo, Adán y Eva salieron desterrados del paraíso y por esta razón, a la misma hora fallecía Cristo clavado en la cruz para abrir las puertas de la inmortalidad y la Gloria, cerradas hasta entonces a causa del pecado de Adán.¹⁶

Para catequizar y moralizar a los asistentes, el mensaje debía penetrar a través de los cinco sentidos por lo que la prédica se complementaba con un sistema de representaciones, como eran distintas imágenes, actores principales, colocadas al pie de un artificioso monte

¹⁴ Joaquín Antonio de Villalobos, *Relox de sombras, en que con las de la muerte de nuestro Redemptor Jesu Cristo, se apuntan las tres horas que estuvo agonizando pendiente de la cruz. Distribución de los piadosos ejercicios que en ellas executan la devoción el viernes santo... pónela el padre Joaquín Antonio de Villalobos, profeso de la Compañía de Jesús y prefecto de las congregaciones de nuestra Señora y de la Buena Muerte en el colegio de el Espíritu Santo de la Puebla*, pp. 58 y 59.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 59 y 60.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 60 y 61.

construido a base de ramas de árboles, así como de distintas flores y hierbas para imitar, de algún modo el monte Calvario. Bajo la cruz estaban María Magdalena, la virgen Dolorosa con el corazón atravesado por el cuchillo del dolor, tolerando con firmeza sus angustias y, por último san Juan Evangelista. A uno y otro lado de la cruz sobresalían las imágenes de los dos ladrones: Dimas, el bueno, en representación de los justos, pedía a su Dios misericordia, mientras que Gestas, el mal ladrón, simbolizaba la obstinada rebeldía propia de los pecadores.¹⁷

La escena, armada en el altar principal para ser vista por todos, se envolvía de sombras que se lograban colocando previamente telas negras en todas y cada una de las ventanas del templo para representar, de este modo, el eclipse de sol que había dejado a mundo en tinieblas durante las tres horas de la Pasión, y al mismo tiempo preparar a los fieles para la reflexión y conmover su corazón.

Todo estaba listo para recibir a la elegante y nutrida concurrencia la que, vestida de riguroso luto iba entrando silenciosamente al templo desde las primeras horas de la mañana para alcanzar un buen lugar cercano al altar o al púlpito, y dedicar las horas previas al ceremonial para orar y meditar, antes de presenciar la dramática actuación. Las doce campanadas del reloj marcaban el inicio del anual recuerdo. Es puntual el oficiante enlutado, con un ritmo lento y pausado ascendía al púlpito, llevando consigo un libro para guiar la lección espiritual, una vela que además de alumbrar su lectura, simbolizaría la luz de la

fe y la luz de Cristo. En representación de la finitud de la vida se contaba asimismo con un reloj de arena que cada quince minutos marcaba una pausa durante la cual se interrumpía la prédica para intercalar fúnebres compases de música y cantos sacros que reforzarían la meditación.

Entre pausa y pausa el predicador, seleccionado de entre los más destacados oradores de la Compañía, con graves y dramáticos tonos de voz, daba lectura a los cruentos y dolorosos pasajes de la Pasión bajo el siguiente tenor:

Jesús dulcísimo... por mis pecados triste estabas en el huerto orando, puesto en agonía, sudando sangre...

Jesús... por mis pecados fuiste entregado por un traidor en manos de impíos, preso como ladrón y desamparado de tus discípulos...

Jesús... por mis pecados fuiste juzgado de inicuos jueces, declarado por reo digno de muerte, presentado a Pilatos como malhechor, despreciado y burlado por Herodes...

Jesús... por mis pecados fuiste despojado de tus vestidos, amarrado a la columna y cruelísimamente azotado...

Jesús... por mis pecados fuiste coronado de espinas, abofeteado, herido, afeado con salivas... de muchas maneras escarnecido...

Jesús... por mis pecados cargaste el madero de la cruz, cayendo con el peso, llevado al lugar del suplicio como manso cordero para ser sacrificado...

Jesús... por mis pecados fuiste clavado en la cruz entre dos ladrones, blasfemado, escarnecido con hiel y vinagre y

¹⁷ *Ibidem*, pp. 17, 18 y 19.

con gravísimos dolores atormentado en la cruz...¹⁸

Cerca de las tres de la tarde se hacía la última reflexión describiendo paso a paso la muerte de Cristo y, a las tres de la tarde en punto el predicador daba lectura a las últimas palabras que pronunciara el Redentor momentos antes de su muerte, pues en ellas se encerraba una enseñanza de amor, humildad y obediencia: "Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Instantes después vestidos con sobrepellices y estolas negras salían de la sacristía dos religiosos en representación del Antiguo y Nuevo Testamento. Para simbolizar la elevación de las plegarias, uno de ellos saturaba con incienso el altar y las imágenes colocadas en el artificioso monte, mientras que el otro cantaba un Miserere, dirigía una oración y promulgaba las indulgencias a las cuales se habían hecho acreedores todos los asistentes y con un ferviente acto de contrición se daba por terminada la ceremonia.¹⁹

Esos cultos externos y espectaculares que sirvieron a los jesuitas de apoyo objetivo de la doctrina, pronto saldrían de la Casa Profesa de la capital novohispana para extenderse, primero hacia otras casas, iglesias y colegios de la Compañía, después recorrerían distintos caminos del territorio hasta llegar a todos los confines del Reino; de ahí que si bien la expulsión de los jesuitas significó la supresión de la Congregación de la Buena Muerte y de otras agrupaciones religiosas que estableciera la Compañía,

no representó necesariamente la desaparición de esos ceremoniales barrocos. Sin embargo poco sabemos acerca de aquella ceremonia en honor a las *cinco llagas* que los jesuitas acostumbraban celebrar diariamente para reunir y preparar religiosamente a los cofrades de la Buena Muerte. Es posible que se haya diluido en el tiempo en aras de la secularización y el tedio de la costumbre. Sabemos en cambio que la fastuosa celebración anual en recuerdo de las *tres horas* del viernes santo fue retomada por los oratorianos de san Felipe Neri, quienes desde 1771, fecha de su llegada al reino novohispano, no sólo tomaron posesión de la Casa Profesa, sino que también revivieron aquella ceremonia mediante un culto inspirado en las tres horas el viernes santo que se conoce con el nombre de las *Siete Palabras*.

A pesar de los avatares del tiempo y de la secularización de las costumbres, el ceremonial ha llegado hasta nuestros días para pregonar, hoy como ayer, por los diferentes rumbos del territorio la omnipresencia de la muerte y la necesidad que tiene el creyente de arrepentirse y confesar sus pecados y de esta forma, alcanzar los méritos de la redención y merecer una buena muerte.

¹⁸ *Loc. cit.*

¹⁹ *Ibidem*, pp. 58 y 59.

Bibliografía

- Alegre, Francisco Javier. *Historia de la Compañía de Jesús de la Nueva España*. Volúmen 1, México, Imprenta de J.M. Lara, 1841.
- Arbiol, Antonio. *Visita de enfermos y ejercicio de ayudar a buen morir*. 4ª impresión. Barcelona, Imprenta Ángela Martí, 1722.
- Borromeo, Carlos. *Catecismo del santo concilio de Trento para los párrocos, ordenado por disposición de san Pío V y traducido a la lengua castellana por fray Agustín Zorita de la Orden de Predicadores*. 2ª impresión, Madrid, publicado por orden del rey en la Imprenta Real, 1785.
- Dávila Garibi, José Ignacio. *Colección de documentos referentes a la fundación del convento de pobres capuchinas*. México, Editorial Cultura, 1968.
- Estrella, Diego. *Tratado de la vanidad del mundo, dividido en tres libros...* Madrid, Imprenta Real, 1675.
- Huelamo, Melchor. *Discursos predicables de las ceremonias y misterios de la misa del misal romano reformado según decreto del santo Concilio de Trento, por mandato de nuestro muy santo Padre Pío V, pontífice máximo*. Cuenca, Casa de Miguel Serrano de Vargas, 1600.
- Los cinco días de las llagas. Breve y piadoso obsequio en honra de las preciosas heridas y en memoria de las tres horas de la cruz de Cristo, señor nuestro crucificado, con que fácil y devotamente se pueden disponer los congregantes de la congregación de la Buena Muerte para celebrar a su amante dueño en su fiesta titular el día 14 de septiembre en que es la comunión general... Sácalo a la luz para su espiritual utilidad la misma devota congregación*. México, Herederos de Miguel Rivera, 1724.
- Reglas y obligaciones de la congregación de la Buena Muerte de la iglesia de la Casa Profesa de Roma*. México, Imprenta de Joseph Bernardo de Hoggal, 1743.
- Van Steenberghen, Fernand. *¿Qué sé? El tomismo*. Traductor José Antonio Robles. México, Publicaciones Cruz, 1996.
- Villalobos, José Antonio de. *Relox de sombras, en que con las de la muerte de nuestro Redemptor Jesu Cristo, se apuntan las tres horas que estuvo agonizando pendiente de la cruz. Distribución de los piadosos ejercicios que en ellas ejecutan la devoción el viernes santo... pónela el padre José Antonio de Villalobos, profeso de la Compañía de Jesús y prefecto de la congregación de nuestra Señora y de la Buena Muerte en el colegio de el Espíritu Santo de la Puebla*. Puebla de los Ángeles, Viuda de Miguel Ortega, 1729.

